

LA REIVINDICACIÓN PICTÓRICA DE LO EMOCIONAL

Por Héctor Ceballos Garibay

En el prometeico esfuerzo por conseguir un lenguaje autónomo, no sometido a la copia fidedigna de la realidad exterior, el arte contemporáneo ha discurrido a través de dos grandes tendencias: la objetivista (el cubismo, el futurismo, el suprematismo, el constructivismo) y la subjetivista (el expresionismo, el fauvismo, el dadaísmo, el surrealismo).

Ambas perspectivas estéticas signaron el destino de las vanguardias artísticas durante las primeras dos décadas del siglo XX, cuando la denodada lucha por deshacerse de los cánones estéticos premodernos condujo finalmente a la aparición y consolidación del arte abstracto.

Memo García (Uruapan, 1957) pertenece, gracias a su talante y a su talento, a la segunda vertiente: la tradición turbulenta y temperamental de los artistas emocionales, aquellos que saben plasmar mediante colores y formas desahoradas sus pasiones y sentimientos más recónditos, brindándonos de este modo una manera peculiar y despiadada de escrutar el alma humana. Se trata de una prosapia estética de mucho lustre, cuyos antecedentes más cercanos remite a cuatro nombres insignes: Van Gogh, Gauguin, Ensor y Munch.

Tal como lo propuso Kandinsky en su célebre libro, *De lo espiritual en el arte* (1911), para el pintor uruapense lo más importante de la creación pictórica no es la representación de figuras concretas, reconocibles, sino la capacidad del artista para suscitar sensaciones y emociones por medio de su obra. Éste, sin duda, se vuelve el leitmotiv de los cuadros gestuales de Memo García: inventar trazos, manchas, colores, caligrafías, texturas, etc., que despierten y hasta provoquen efectos anímicos intensos y catárticos en el espectador. No estamos, pues, ante una producción plástica sosegada, apacible, relajante, de fácil lectura; por el contrario, tenemos a la vista una expresión informe y atormentada que recurre creativamente a lo espontáneo e instintivo, al juego azaroso y a la irrupción cromática, porque el propósito del pintor no es copiar la realidad exterior, sino generar en el público ciertos estados psíquicos, rebeldes o festivos, mediante los cuales el sujeto que admira el cuadro sea capaz de imaginar múltiples y cambiantes armonías gracias a las sugerencias estéticas exployadas por el autor.

Dos son los referentes históricos más inmediatos en donde puede ubicarse la atribulada obra pictórica de Memo García: el Expresionismo Abstracto (Pollock, Gorky, De Kooning, Kline) y el informalismo europeo (Hartung, Mathieu, Soulages, Tápies, Vedova). Ambas corrientes artísticas florecieron en los años 40 y 50 como respuesta crítica al vacío existencial y a los horrores sádicos dejados por la conflagración bélica de 1939-1945. En el primer caso, son muchos los frutos legados por esa pintura activa (apoyada en goteos y derrames azarosos) que proliferó en Estados Unidos y cuyo fin era la consecución de una “fuerza gestual automática”. En el segundo caso, la herencia estética igualmente resultó muy provechosa en tanto que los europeos exploraron las infinitas posibilidades de una abstracción lírica sustentada en la experimentación con texturas, colores y trazos cuya inspiración nunca fue producto de la planificación y el cálculo cerebral, sino que emergió de la espontaneidad y la intuición desatadas en forma libérrima.

La obra más reciente de Memo García se regodea pictóricamente con la dispersión y lo indeterminado, manifiesta una perpetua exaltación de la vitalidad y acusa una evidente fascinación por lo irracional y lo misterioso.

Cada color, intenso y violento, como salido de las entrañas, expresa uno o muchos sentimientos; las tonalidades puras hablan por sí mismas, tienen su propio eco y musicalidad, están ahí como entes autónomos que buscan ser, cual si fueran almas en pena en pos de su anhelada libertad. Otra característica esencial de estas pinturas es el uso y el recurso de lo informal, elemento estilístico que,

como dice Herbert Read, no debe de ser confundido con lo amorfo. Aludo al resumado placer del artista a la hora de jugar a conferirle y quitarle significado y sentido a las formas, su ansia por asir lo indefinido, por fijar lo inestable, por recomponer caprichosamente el caos, y por ofrecernos esas imágenes evanescentes con las cuales se hace posible la huida gozosa de la rígida realidad que nos aprisiona todos los días. Desde esta perspectiva, los cuadros de Memo se convierten en felices desahogos emocionales, en una efectiva manera de protestar contra las trabas disciplinarias y los prejuicios sociales que todavía hoy carcomen el mundo contemporáneo, en un modo solitario y sin estorbos de arribar a una liberación exultante sin que importe cuán efímera o fantasiosa pueda ser ésta. Incluso cuando incursiona en el expresionismo figurativo de su primera época, un estilo que remite a las deformaciones pantagruélicas de Antonio Saura, de Francis Bacon y del grupo Cobra (Appel, Jorn y Alechinsky), Memo García siempre permanece fiel al espíritu irreverente e hipercrítico de estos artistas cuya obra, violentamente lúcida, constituye una imagen descarnada del lado oscuro y patético del acontecer humano.

Afortunadamente, Memo García no sólo ha logrado la ansiada sublimación y liberación a través de su emocional obra pictórica; también en su propia vida, cual si fuera él uno más de los gestos y colores expresionistas que aparecen en sus cuadros, ha sabido evadirse por fin de los odiosos estigmas sociales y de las ridículas culpas y autorrepresiones que tanto lo aquejaban antaño. Gracias a su indomable “voluntad de poder”, ahora el artista y el individuo se conjuntan en una misma persona, un sujeto capaz de darle rienda suelta a su ímpetu lúdico y hedonista, capaz de transmutarse en una suerte de héroe dionisiaco que día tras día sorprende y disfruta la “alegría de vivir”.